

RETRATO DE UN TIEMPO

Lucas se incorporó con esfuerzo y deslizó el ahumado visillo para que las primeras luces del sol ya otoñal iluminaran la sala. Aún era temprano y el tren no llegaría hasta eso del mediodía. Guardó en la maleta algunas fotos y cartas recuperadas de un viejo cajón la noche anterior. Abrir un viejo cajón es como rebobinar el tiempo. Tu historia se manifiesta en pequeños objetos olvidados que vuelven a cobrar vida, objetos que acaso alguna vez fueron importantes, pero que el tiempo jubiló y relegó al purgatorio de los cajones hasta que alguien un día los recupere y coloque en un visible y merecido lugar, o bien los condene a que ardan eternamente en las espesas llamas del olvido.

Cubrió con ceniza los últimos rescoldos que quedaban de la noche que aún restallaban, de vez en cuando, proyectando diminutas estrellas de brasa que se desvanecían sobre las baldosas cercanas a la chimenea. Se colocó las gafas (las de ver –decía–) y echó un vistazo a la fotografía del cuadro: ese pequeño cuadro que había permanecido años colgado en un extremo de la pared. Lo descolgó y repasó una a una las caras de los allí retratados, pero se detuvo un instante en el centro de la foto, donde él aparece vistiendo un jersey de cuello alto con cremallera y trazó una leve sonrisa al mirar el amplio flequillo que le oculta media frente.

Lucas está situado de pie, a la izquierda de don Gregorio. Su cabeza repeinada impide ver parte de las Islas Griegas en el mapa de Europa colocado en el muro como fondo de la foto, un viejo mapa de hule con los nombres de las capitales borrosos de tanto pasar sobre ellos el dedo y la punta de la vara para señalarlos.

–Parece mentira, cómo ha pasado el tiempo. Si hace dos días andábamos todos enredando por las calles.

Sin embargo, por aquellas treinta y dos caras el tiempo no había pasado, o su paso únicamente se apreciaba en el tono amarillento que el humo y el tiempo habían grabado en ellas, a pesar del cristal protector de la lámina. El tiempo se había parado allí en el mismo momento en que Beatriz –la fotógrafa- disparó su cámara aquella fría tarde de primavera y capturó ese instante y solo ese.

Lucas recuerda con claridad la tarde que salieron antes de la hora para ponerse a las órdenes de Beatriz, la fotógrafa que les inmortalizó en la foto. Por la mañana don Gregorio les reunió en aquella fría y temida escuela, donde se calentaban con estufa de leña y leña de vara (don Gregorio utilizaba dos varas: la delgada, que medía un metro, para señalar puntos en el mapa y la gruesa, que medía el lomo y también dejaba señales) y les advirtió que por la tarde deberían llegar presentables para la foto, que era un acontecimiento primordial (eso dijo), y que no se despeinaran y que abrocharan bien todos los botones.

La tarde se hizo larga y nerviosa (por lo de “primordial”), pero la ilusión de retratarse todos juntos contrarrestaba la inquietud. Los desacuerdos y empujones para conseguir el lugar que cada cual creía más ventajoso para perpetuarse en la foto provocaron que don Gregorio tomara las riendas del asunto y les diera orden de no moverse: salió de la escuela con la vara (la de señalar) y, como un director de orquesta, indicó el lugar que cada cual debía ocupar, distribuyéndolos, según estatura, en tres filas.

–Los más altos detrás, de pie, y los más bajos delante y de rodillas, para no tapar a los de la fila central.

Tras nuevas discusiones para definir quiénes eran los más bajos, consiguieron agruparse tal como aparecen en la foto. Benito Alonso se colocó, sin discutir, en la fila delantera, en el lado izquierdo, donde aún sigue de rodillas con pantalón corto y

tirantes de botón (un botón más grande que el otro). Benito Alonso tenía asumido que él era el más bajo de la escuela, aunque no el menor.

En las conexiones de la mente se encadenan vivencias que impregnan la memoria de luces y sombras. Algunas pasaron al recuerdo y permanecen en él con diáfana precisión, mientras otras parecen flotar en una nube confusa de recuerdos fragmentados, que se desvanecen con el paso del tiempo. Al recorrer las caras de la foto, Lucas se da cuenta de que la mayoría de ellas están asociadas a gestas infantiles que él podría detallar con total nitidez, a la vez que sería incapaz de vincular algunas de las caras con hechos concretos de aquel tiempo.

Lucas recuerda incluso la clase que don Gregorio impartió aquella tarde. Dejaba para la tarde las clases de Geografía e Historia de España, en las que no faltaban honras a los grandes héroes de la patria; honras que menguaban con el avance de la tarde y el adormecimiento del maestro, trance que se daba con sobrada frecuencia.

Aquella tarde de la foto –recuerda– tocó impartir geografía económica de España y don Gregorio dio orden general de que abrieran la enciclopedia Álvarez y observaran el mapa de la pared. A Lucas le fascinaba aquel colorido mapa de hule colgado en la pared, tapando el encerado, en el que aún permanecían restos borrosos de las matemáticas de la mañana. El mapa mostraba, con detalle casi fotográfico, las riquezas de las regiones de España.

En Jaén un verdoso ramo, con tres aceitunas, representaba la riqueza de aquella provincia que él imaginaba a partir de lo que le contaba su tío Enrique que había hecho la mili por aquellas tierras cubiertas de olivares. Espigas doradas cubrían la geografía castellana y, por el norte, metales simbolizados por una máquina de coser Singer. Peces y barcos en las costas. Vacas lecheras por los verdes nortes. La

riqueza de la desembocadura del Ebro, representada por un saco repleto, con la palabra “ARROZ” impresa. Lucas no veía razonable que el arroz se mostrara ya en saco y el trigo castellano lo dibujaran espigado. La curiosidad le llevó un día a preguntarlo, y don Gregorio se lo aclaró con la vara. Ya no preguntó más.

Pero lo que a Lucas más le seducía de aquel mapa era una brillante navaja que aparecía en Albacete, abierta y con las cachas curvadas. Lucas siempre soñó con tener una navaja como aquella y una espada como la dibujada en la provincia de Toledo. Por el norte del Reino de León y por Asturias se dibujaban picos y palas que, según don Gregorio, significaban la riqueza mineral del carbón. En Cataluña, un flamante coche simbolizaba la industria automovilística. Cerdos, ovejas y bellotas se repartían por la geografía extremeña. Racimos de uvas, mazorcas de maíz y muchos árboles salpicaban toda la geografía hispana. En un recuadro, un puro echando humo junto a un racimo amarillo de plátanos indicaban la riqueza de las Islas Canarias. Las naranjas y productos de la huerta por Levante completaban aquel colorido mapa en el que se resumía la potente economía hispana.

Lucas decía que nunca entendió por qué justo por Zamora había dibujada una bombilla (encendida y sin cable). No se atrevió a preguntar al maestro (por aquello de la vara por respuesta), pero recuerda que su amigo Agustín, que aparece a su izquierda en la foto, con las manos entrelazadas y jersey de cuello alto, se lo aclaró.

– “Representa la electricidad, ¡so tonto! No es que en Zamora fabriquen bombillas. Las bombillas las fabrican los extranjeros pero, nosotros ponemos lo más importante: la luz. Las centrales eléctricas las tenemos nosotros porque tenemos más pantanos que los extranjeros.”

Aquel mapa dejaba claro y en colores la riqueza de un país que por algo figuraba justo en el centro del mapamundi. La situación de nuestra patria en el mundo es

inmejorable –decía la enciclopedia–. España está en el centro del mundo porque es la nación más importante. Y es aquella en la que, en los días de su gloriosa historia, nunca se ponía el sol.

En las fotos la gente no muere, aunque algunos de los allí retratados ya hiciera tiempo que habían atravesado los lindes de la vida. A otros se les perdió la pista porque nunca volvieron al pueblo. Acaso un día aparecerán por allí y ya nadie los reconocerá. El tiempo borra recuerdos y sepulta pasados. Y aunque los recuerdos nunca deban pesar más que los sueños, de tarde en tarde, conviene removerlos para que reverdezcan y refresquen ayer.

Sí, tal vez alguno regrese un día a las calles de la infancia y las encuentre semiocultas, entre los musgos de unos muros arruinados, escarbados por lluvias, vientos y abandonos. Tal vez perciba el olor a madera húmeda de tablas y vigas aprisionadas por adobes y podredumbre. Busque acaso el calor de un fuego que le caldee el alma, pero solo le llegará el soplo helado de cocinas frías, donde las últimas brasas se extinguieron cuando ya no quedaron manos que movieran el fuelle. O quizá, entre alguna ruina, tropiece con la foto de treinta y dos caras marcadas, en su mayoría, por una mirada triste y algo asustada, impropia de infancias felices. Miradas que tal vez presagiaran ya que un día serían contempladas con nostalgia, cuando ya el tiempo (que nunca descansa) hubiera labrado surcos en sus rostros. Treinta y dos caras retratadas en blanco y negro en un tiempo gris, un tiempo de dilatada posguerra que, aún por aquellos días, extendía sus sombras a cualquier actividad de la vida. Un tiempo de bélicos silencios, de una paz forzada, pregonada por sangrantes trompetas. Treinta y dos muchachos hijos de un tiempo de gloriosas hazañas y flacas despensas. Hijos de unos padres que lucharon en el frente, o en la retaguardia, que no fue mejor. En las casas no se hablaba de la

guerra y era precisamente la guerra la que impregnaba los días, como el fondo gris de una escena, como el gris del mapa de Europa del fondo de la foto.

Cuando escuchó el claxon del taxi, Lucas miró por la ventana. Corrió la cortina sin prisas (el tren siempre llegaba con retraso) y volvió a colgar el cuadro en el lugar donde había estado tantos años. El tiempo conserva los rostros fotografiados, pero decolora sus rasgos y borra detalles precisos de la memoria, forzándonos a mirarlos desde otro ángulo y con nueva luz.

Cerró la puerta con dos vueltas de llave y un escalofrío otoñal le recorrió el cuerpo al escuchar el ronco martilleo de la cerradura. Guardó la llave, como hicieran aquellos sefarditas aventados de su tierra que conservaron la llave de su casa como herencia simbólica, para abrigar la esperanza de un regreso. Como aquellos judíos, Lucas guardó la llave en el bolsillo, tomó su pequeña maleta de ruedas y caminó despacio hacia el taxi.

–Cada casa que se cierra equivale a una muerte.

Eliseo Fernández Gómez